

es nada en comparacion de la rica recompensa que nos está reservada en el cielo, en la vida venidera (1).

Observad, en fin, dice un comentador (2), que el amo del Evangelio no dijo al siervo fiel: «Acércate á la alegría», sino: «entra en el gozo»: *Intra in gaudium domini tui*. De ese modo el Señor ha querido revelarnos que no admitia á sus siervos fieles como simples espectadores, sino como verdaderos poseedores de sus goces eternos, y que no como siervos, sino como compañeros y amigos, participarán de su propia gloria, de su propia felicidad (3). ¿Qué recompensa más rica, más magnífica, dice Druthmar, para un fiel servidor de Dios, que el estar siempre con Dios, admirarle y contemplarle, y gustar el júbilo y la felicidad del mismo Dios? (4).

¡Oh Dios lleno de generosidad, de afecto y de munificencia para vuestros servidores!..... Vos no los llamais á vuestra presencia sino para recompensarlos; como Vos sois su principio y su fin, como que quereis que no sirvan más que á Vos, tambien Vos seréis su recompensa: *Ego ero merces tua magna nimis* (5). ¡Cuán noble es ese último fin del hombre!..... Yo no estoy en el mundo, yo no he sido colocado en él para figurar en una escena frívola de algunos instantes, embriagándome con las dulzuras homicidas de un placer efímero. ¿Y qué, sería verdad que despues de haber vivido entre lágrimas, siempre atormentado, affigido, miserable juguete de las injusticias de los hombres y de los caprichos de la fortuna, despues de haber pasado un corto número de dias en el fastidio y en el dolor, llegaria para mí el momento en que, terminada la vida corporal, cesaria tambien para mí toda existencia, y desvaneciéndome como una sombra, iria á perderme en el abismo de la nada?.....

No, no; Dios, al criarme, no ha podido prepararme un fin

(1) *Pauca, id est terrena: quia terrenæ res coelestibus comparatæ pauca et vilia sunt. (Druthmar.)*

(2) *Non dixit: intra ad gaudium, sed in gaudium ut possessor sit gaudii non tantum spectator; et jam non quasi minister Domini in gaudio ejus, sed quasi particeps gaudiorum. (Auct. op. imperf. in Matth.)*

(3) *Quod autem majus dari potest fideli servo, quam esse cum deo et videre gaudium Domini sui. (Druthmar.)*

(4) *Genes., xv.*

(5) *Auct. op. imperf. in Matth.*

tan miserable, una suerte tan espantosa; el Evangelio me revela otro destino muy distinto. Estoy en el mundo para servir á Dios, para hacer valer los dones y las gracias de Dios, y para tener un dia, por recompensa, el júbilo mismo de Dios. Estoy en el mundo para santificarme en el tiempo y obtener en la eternidad la suprema beatitud: *Servi facti Dei habetis fructum in santificationem, finem vero vitam æternam*. Si, como dice San Agustin, el hombre ha sido criado por Dios, para conocer á Dios, y conociéndole para amarle, amándole para poseerle, y poseyéndole, para ser siempre dichoso por Él y con Él (1).

Encuentro, pues, en esta hermosa parábola, retratada como en un espejo toda la economía de mi existencia. Dios me ha criado, y criándome, me ha dado una inteligencia espiritual, que es un reflejo de la suya. Ha hecho brillar en mí un rayo de luz; se ha copiado á Sí mismo al formarme; y esa inteligencia me la ha dado para conocerle ante todo como soberana Verdad. Me ha dado ademas un corazon capaz de amarle sobre todas las cosas como supremo Bien; y para amar tambien á las criaturas, pero solamente por relacion á Él y por amor suyo. En fin, me ha dado una actividad prodigiosa, para realizar por las obras la verdad de mi pensamiento y la rectitud de mis afectos. En todo esto ha querido establecer por regla para el uso de mis facultades, las leyes inmutables y eternas, que son la expresion de las relaciones naturales y necesarias del hombre consigo mismo, del hombre con sus demas semejantes, del hombre con Dios, y que derivan del fondo mismo de la naturaleza del hombre.

Como las leyes de Dios, que bien observadas hacen de mí un buen servidor de Dios, son las leyes eternas de la sociedad de los espíritus de que Dios es el Monarca, cuando yo me conformo y arreglo á esas leyes, estoy en relacion íntima, en sociedad con Dios; le someto mi inteligencia, mi corazon, mi conducta. Aún en el seno de las tinieblas de la vida presente participo de la verdad, que es un destello del Entendimiento divino; de la gracia, que es una emanacion del divino Amor; participo, pues, de la naturaleza divina, gozo de Dios, poseo á Dios; Dios está en mí, y yo estoy en Dios. Mi inteligencia le posee por la fe, mi

(1) *Creatus est homo ut Deum intelligeret, intelligendo amaret, amando possideret, possidendo frueretur. (S. Aug.)*

corazon por el amor y por la esperanza, la cual es una continuacion del amor, pero del amor retardado en la posesion del objeto amado.

Vino, en fin, la muerte; ¿y qué hace á su vez? No hace otra cosa que desgarrar el velo que me encubre la vista de mi Dios, y romper las ligaduras que me tienen sujeto á la tierra; pero no podria alterar las relaciones íntimas, las relaciones inefables que me unen á Dios, y así me encontraré enfrente de Dios: *Possidendo fruere tur*. Veré al descubierto al Dios que ahora solamente diviso al traves de las sombras del misterio, al traves de las oscuras tinieblas de la fe; pasaré del Dios que se oculta al Dios que se hace visible, del Dios que espero al Dios que abrazo, del Dios que busco al Dios que encuentro, del Dios que amo al Dios que poseo: *Intra in gaudium*. Y todo eso de tal manera, añade San Pablo, que yo seré para siempre sumergido, para siempre abismado en el júbilo de mi Dios: *Et sic semper cum Domino erimus* (1). ¡Oh! ¡Cuánta dulzura encierran esas palabras!..... ¡Siempre en Dios!..... ¡Siempre con Dios!..... ¡Sin perder jamas á Dios!..... ¡Sin alejarse nunca de Dios!..... ¡Y poder gozar siempre de la compañía de Dios!..... *Et sic semper cum Domino erimus*.

¡Es, pues, una cosa verdaderamente notable y sublime el objeto de mi existencia y la condicion de mi sér!.....

No existo, no vivo más que para servir á Dios como soberano Dueño, y para gozar de Dios como Remunerador. Dios, que ha sido mi primer principio, es tambien mi último fin. Criado por Él, no existo más que para Él; el término de mi existencia es tan honroso, tan noble, tan sublime, tan perfecto como mi origen. Provengo de Dios y debo volver á Dios; soy la propiedad de Dios; pertenezco todo entero á Dios por los dos puntos extremos de mi existencia, por mi principio y por mi fin. Soy, pues, una cosa sagrada, una cosa noble, preciosa y divina: *Deus meus et omnia!* Yo no he sido, pues, criado para nada de lo que algun dia concluirá; para nada de lo que se ve, se siente y se gusta por el cuerpo. Todo lo que me rodea me es extraño; tengo el uso de las criaturas, pero no tengo la propiedad, y para eso no tengo más que un uso precario, de pocos años, de pocos dias, puesto que todas he de dejarlas por acá abajo. Llevo grabados en mí,

(1) I, *Thess.*, vi.

con caracteres indelebles, los títulos de un destino más elevado. Soy el único sér del siglo presente formado para el siglo que ha de venir. Bien conocida es la respuesta del angélico Estanislao Kostka á su hermano, que queria arrastrarle á las vías corrompidas del mundo: «No, decia, no he sido hecho para las cosas de acá abajo.» Hé ahí lo que todo cristiano deberia tambien repetir: Viajero de la tierra, soy un candidato de los cielos; Dios no me ha criado en el tiempo, sino para hacerme feliz en la eternidad; la tierra es el destierro, el cielo es la patria. La tierra es el lugar del mérito y del trabajo; el cielo es el lugar del reposo y de la recompensa; las criaturas no son más que medios; Dios es mi fin supremo: *Finem vero vitam eternam*.

Comparada con esta doctrina sobre el hombre, doctrina tan noble, tan pura, tan consoladora, tan magnífica, tan grandiosa, nacida en el cielo, en el seno de la sabiduría, de la santidad y del amor infinito, ¡cuán miserable, innoble, vil, degradante y funesta parece esa doctrina enteramente humana, nacida en la tierra, en las cavernas de la prostitucion y de la disolucion, como nacen los gusanos en el seno de la corrupcion, y que una secta nueva no se ruboriza de predicar al mundo en medio del siglo XIX, en este siglo que se llama el siglo de las luces, del progreso y de la civilizacion!..... Sí, en este siglo, bajo la denominacion de *comunistas*, los nuevos discípulos de Epicuro no temen decir al hombre: «¡Oh hombre!..... Satisfacerte á tí mismo, satisfacerte en todo, proporcionarte cuantos placeres puedas, cuantas comodidades y goces corporales te sea dable en la vida presente, sin contristarte con la idea de un falso porvenir, hé ahí tu única tarea, hé ahí tu verdadero fin.»

Hombres tan peligrosos como absurdos, enemigos de Dios de quien blasfemais, enemigos del hombre que degradais hasta el embrutecimiento para hacerle feliz..... si tal fuese mi fin, aún teniendo una naturaleza infinitamente más noble que la de la bestia de carga que me obedece, no tendria una condicion mejor que la suya (1).

Deberia, pues, descender del trono de gloria sobre que Dios me ha colocado, y rey de la creacion, deberia postrarme ante el animal y pedirle como una gracia el que me permitiese vivir en

(1) Si hic esset finis quid amplius jumento haberes?

su compañía, tomar su ciego instinto por regla de mi inteligencia, de esa inteligencia capaz de conocer lo infinito; debería seguir sus huellas, recoger sus goces, que me cedería sin pena, y saciar con los miserables restos de su brutal felicidad este corazón cuyo vacío no sería bastante á llenar el mundo entero.....

Pero no; en esa horrible hipótesis, permanecer asociado al bruto sería una pretension excesiva y demasiado orgullo. Sería preciso que me colocase muy por debajo de él en la categoría de los seres sensitivos. El bruto, que no se halla atormentado ni por el funesto recuerdo de lo pasado, ni por las siniestras aprensiones del porvenir; el bruto siempre concentrado en lo presente, entregándose á sus instintos, que para él son leyes de conservacion, es perfecto y feliz en cuanto puede serlo. Pero en mí, por el contrario, mis deseos, mis apetitos son el principio de desorden, de tormentos y de dolor. Cuanto más quiero seguirme á mí mismo, más desgraciado soy y ménos me encuentro á mí mismo. Es, pues, imposible que por mi destino no sea más que un bruto, cuando por mi inteligencia soy un Dios: *Si hic esse finis tuus quid amplius haberes jumento!*.....

¡Apartaos, pues, de mí los que no conservais de hombres más que la figura!..... Puesto que teneis una aficion tan decidida á pasar por brutos, no os la disputo. Quizá al pensar así os haceis justicia; debeis conoceros, y ocupais espontáneamente el puesto que os corresponde; encorvad hácia la tierra esa frente que sólo en el hombre ha formado el Criador vuelta hácia el cielo, para que hasta en la forma exterior del cuerpo llevase el signo del destino reservado á su alma. Dobleagaos hácia el suelo; trocad vuestras manos en garras; sustituid á la palabra el bramido, á la razon el instinto, al pan la hierba de los prados, á la mesa el pesebre; en vez de escribir obras, ocupaos en tirar de carruajes y llevar cargas, é imitad la manera de vivir de los brutos, cuya condicion tanto envidiais..... ¡Pero cesad de permanecer entre nosotros, y de insultar á la especie humana, que os mira con desprecio y os huye con horror..... ¡Oh ceguedad! ¡Oh degradacion! ¡Oh ultraje!..... Así es como el hombre, negando la Iglesia, negando el Cristianismo, negando la religion, negando á Dios, abjura su propia inteligencia, y, apóstata de la humanidad, llega hasta negarlo todo, hasta negarse á sí mismo. Hé ahí á dónde va á parar la razon humana; colocado el hombre en la cúspide del

honor, no ha comprendido su destino, se ha colado en el rango de los animales privados de inteligencia, y se ha hecho semejante á ellos (1).

SEGUNDO PUNTO. Entre los siervos á quienes el amo del Evangelio habia distribuido al tiempo de su partida todos sus bienes, el que habia recibido un solo talento le escondió debajo de tierra, y dejó así improductivo y ocioso el capital de su amo (2).

Llamado á su vez á las cuentas, quedó convencido de negligencia y de infidelidad; y despojado de todo, fué condenado á ser encerrado en una prision tenebrosa, y á alimentarse allí de lágrimas y de dolor (3).

En ese servidor negligente é infiel que enterró el talento recibido, el Señor, dice un comentador ya citado, ha querido representar los malos cristianos que, habiendo recibido el precioso talento del conocimiento, de la fe, de la ley de Jesucristo, no se cuidan de hacer una vida santa y espiritual, sino que entregándose al deleite, á la ambicion y los vicios, se entierran, por decirlo así, en los placeres carnales y sofocan con las espinas de las aspiraciones humanas el gran dón de Dios, todas las gracias del Cristianismo (4).

Esos servidores negligentes, sin afecto, sin fidelidad, que dejan ocioso el talento de la fe y de la gracia, y que no se toman ningun trabajo por servir á Dios su legítimo y primer dueño, son por azar hoy en corto número entre los cristianos; Santa María Magdalena de Pazzis repetia sin cesar con dolor: «¿Cómo, pues, el amor no ha de ser siempre amado?» En nuestros dias, y con las costumbres actuales de nuestra decantada civilizacion, podemos muy bien, con el acento de más profunda tristeza y de más grande dolor, repetir que Dios, el Dueño supremo del universo,

(1) Homo cum in honore esset non intellexit, comparatus est jumentis insipientibus, et similis factus est illis. (*Ps. XLVIII.*)

(2) Qui autem unum acceperat, abiens fodit in terram et abscondit pecuniam Domini sui. (*Matth., XXV.*)

(3) Inutilem servum ejicite in tenebras exteriores. Ibi erit fletus et stridor dentium. (*Ibid.*)

(4) Abscondit talentum suum in terra qui, accipiens notitiam Christi, contemnit vitam spiritualem, et in terrenis actibus conversans, obruit in carne sua, et in sollicitudinibus sæculi, quasi spinis, suffocat donum fidei et fructum non offert. (*Op. imperf. in Matth.*)

no está bien servido por nosotros los cristianos, por nosotros los católicos, por nosotros á quienes tanto ha favorecido y distinguido en la distribución de sus dones, por nosotros á quienes no se ha contentado con darnos un solo y único talento, sino cinco, es decir, la abundancia de luces, de gracias, de auxilios, de ejemplos, que en esta ciudad de Roma, silla y centro del Cristianismo, encontramos á cada paso y á cada momento para servir á Dios y salvarnos.

¡Ay! Á toda persona que pide un favor ó una recomendación, se la contesta benévolamente: «Deseo servirlos, estoy á vuestra disposición», y no se economiza trabajo ni fatiga para demostrar cortesía. «Estoy á vuestras órdenes, disponed de mí», suele decirse á las personas de elevada posición por su rango ó por su dignidad, y con afanosa diligencia y enteramente servil, no sólo se ejecutan sus órdenes y se cuida de sus intereses, sino que se procura satisfacer hasta sus extravagancias y sus caprichos. «Estoy á vuestra disposición», se dice por ese conducto, á la ambición, al deleite y á la codicia. Si una beldad terrestre, ó un poco de oro llega á cautivar nuestro corazón, entónces no se dice solamente «estoy á vuestra disposición», sino «me sacrificaré por complacerlos». Y en efecto, vemos todos los días á estúpidos y viles adoradores de esos ídolos de carne, sacrificarles con horrible sangre fría, no tan sólo patrimonios enteros, la reputación, la salud y la vida, sino hasta el alma misma y la eternidad. Sólo cuando se trata de servir á Dios, de rendirle culto y de cumplir sus santos mandamientos, es cuando somos débiles, negligentes y nos faltan las fuerzas y el valor. Corteses, afables, afectuosos y generosos hasta el extremo con todos, sólo con Dios somos difíciles, desabridos, soberbios y rebeldes: sólo su ley nos parece pesada. No hacemos caso alguno de su amor; su voluntad nos incomoda, y su existencia nos inquieta. Sólo á Él le contestamos: «No podemos, no queremos». Así, al crimen de no servir á Dios, añadimos también el desprecio, negándonos á servir únicamente á Él. «¡Oh hombre! Tú has roto mi yugo; tú me has dicho: No te serviré» (1).

Mas eso es todavía poco: el hombre no sabría concebir un pensamiento, realizar una acción cualquiera, y dar un paso sin

(1) Confregisti jugum meum, dixisti: non serviam. (*Jerem.*, XI.)

el auxilio de Dios. Criados por Dios, no existimos, no tenemos vida, actividad y movimiento más que en Dios (1). Pues bien, esa existencia, ese concurso, esa fuerza, esa vida que Dios nos da y nos conserva, las volvemos contra Dios; le forzamos á concurrir á nuestros pecados por la salud, por las fuerzas y por la vida que nos conserva; es decir, que no contentos con no servir á Dios, no satisfechos con servir á cualquiera otro que á Dios, le compelemos á que nos sirva á nosotros mismos, nos constituimos señores de Dios, y exigimos que nos sirva en nuestro pecado (2).

Y eso no es aún bastante. Si nos hubiese colocado en una condición más humilde, si nos hubiese dado un entendimiento más obtuso, una figura más ingrata, una salud más endeble, una fortuna más escasa, hubiéramos sido seguramente más modestos y reservados, si no por virtud, al ménos por necesidad de condición. Mas porque nos ha colocado en una posición elevada y distinguida, porque nos ha dado fortuna, talento, dignidad, poderío, favor, rango eminente sobre los demás, como si Dios nos causase una extorsión con hacernos bien, somos más orgullosos, más imprudentes, y tenemos ménos pudor. Dios está con frecuencia mucho ménos servido, y es mucho más ultrajado en las condiciones más elevadas, en las fortunas más brillantes; le castigamos por sus beneficios; y á medida que multiplica sobre nosotros sus dones, multiplicamos más contra Él nuestros pecados; cuanto más se acerca á nosotros para colmarnos de bienes, más nos obstinamos en alejarnos de Él por nuestras transgresiones: «Ellos han dicho á Dios: «¡Aléjate de nosotros!»!....., aún cuando Dios hacía rebosar de bienes sus casas» (3).

Ciertamente Dios, al favorecernos con tantos conocimientos y luces, al darnos los medios de cultivar nuestra inteligencia por los estudios, al elevarnos muy por encima de nuestro mérito en rango y en dignidad, al bendecir y hacer prosperar nuestros tráficó, nuestros cultivos y nuestra fortuna, se ha propuesto hacer de nosotros celosos ministros del santuario, cristianos edifican-

(1) In ipso vivimus et movemur et sumus. (*Act.*, XVII.)

(2) Servire me facitis in peccatis vestris. (*Is.*, XLIII.)

(3) Qui dicebant Deo: recede á nobis!... Cum ille impleisset domus eorum bonis. (*Job*, XXII.)

tes, devotos adoradores, hombres religiosos y servidores fieles. ¡Intenciones defraudadas! ¡Esperanzas desvanecidas! ¡Con todo el bien que nos ha hecho, con todas las distinciones que nos ha concedido, no ha logrado más que formar ingratos!

Y todo eso es aún muy poco. No sólo no se sirve á Dios, sino que se sirve á otro que Él, y se le obliga á que nos sirva á nosotros: cuanto más bienhechor, más se le ultraja; como si nuestra propia indocilidad no fuese nada, no contentos con no servirle nosotros mismos, hacemos cuanto podemos para que no sea mejor servido por los demas. ¿Que objeto tiene sino el ridiculizar la piedad, el burlarse de la religion, el desacreditar á los ministros de la Iglesia, el criticar la frecuentacion de los sacramentos, el celibato eclesiástico, la vida religiosa, la severidad del pudor, el desasimiento del mundo, la modestia del vestido, las prácticas de piedad y el fervor de la devocion? ¿Qué objeto tiene si no esa manía infernal de inocular en las almas sencillas y limitadas nuestros vicios, nuestro libertinaje, nuestro desenfreno en el hablar y en el vivir, nuestro orgullo, nuestro lujo, nuestra cólera, nuestra pereza, nuestra incredulidad, ó nuestras dudas, ó nuestra indiferencia, ó nuestro desvío por todo lo que es religion? ¿Qué es lo que se proponen los que propagan la aficion á los espectáculos, la falta de decoro y de miramiento en el lenguaje, la relajacion de la conducta, la poca decencia en los trajes, el descubrir y publicar los escándalos, y el citar siempre como ejemplos de virtud cristiana y aplaudir los vicios? ¿Qué es, en fin, todo eso sino que, poco contentos con no servir á Dios, no queremos que los demas le sirvan; sino que no satisfechos con desobedecer nosotros mismos á Dios, con ofenderle y ultrajarle, queremos tambien que sea afligido, desobedecido y ultrajado por los otros? ¿Qué es, en fin, todo eso sino trabajar en disminuir el número de sus servidores y adoradores, sino el rebelarse contra Dios, excitar contra Él una sublevacion tan general como sea posible, y luchar y combatir contra Él como enemigos declarados?

Pues bien, ¿cuál será el castigo que debe atraer sobre nosotros un proceder tan indigno y tan monstruoso? Siervos ingratos y rebeldes, nos dirá el Señor, sed vosotros mismos los jueces: si alguno de esos desgraciados que por unos cuantos reales manteneis en vuestro servicio, que sabeis tambien, merced á vuestros empleos, pagar con el bolsillo de otro, y de los cuales exigís que

os sacrifiquen, no sólo sus años, no sólo sus vigiliás, no sólo su trabajo, sino hasta su vida; no sólo el cuerpo, sino tambien el alma, la conciencia y el mismo Dios; si alguno de esos pobres servidores con quienes sois amos tan injustos, tan severos, tan exigentes y soberbios, como sois para con Dios siervos mucho más cobardes y mucho más infieles; si alguno de esos servidores llega, no digo á robaros, sino solamente á no ejecutar con prontitud vuestras órdenes, vuestros caprichos ó vuestras más imperceptibles señas, ¿qué es lo que haceis?.... Os arrebatís, alborotais toda la casa, y alarmais toda la vecindad; les prodigais los epítetos más injuriosos y los tratamientos más duros; no quereis escuchar razones ni admitir ninguna especie de excusas, de mediacion, ni de súplica; les quitais la librea, les privais de su salario, y concluís por expulsarlos de vuestra casa. Sin cesar se os oye repetir: «Está aquí para servirme; para eso le mantengo, le visto y le pago; no me sirve, ó lo hace muy mal. ¡Fuera de mi casa ese bribon!....» «Poco á poco, os dice el Señor; vos, siervo mucho más injusto para conmigo que ingrato é infiel ha podido ser con vos vuestro criado, os acepto la palabra. Ese mismo juicio que pronunciais contra vuestro servidor, le pronuncio con mucha más razon contra vos: *Serve nequam, de ore tuo te judico.* Como vos tratais á vuestro criado negligente, yo tambien trato á mi siervo infiel. Os quitaré vuestra librea, el vestido de la gracia; os retiraré vuestro salario, los auxilios necesarios para convertirlos; os quitaré el alimento que tomais en mi casa, el uso de los sacramentos; os echaré de mi casa; permitiré que caigais en el error, que se os elimine de mi Iglesia; os quitaré el uso de esa razon de que estais tan envanecido; os quitaré vuestro empleo, vuestra fortuna, vuestro cargo, vuestras dignidades, la salud, la vida misma que os habia dado para que la empleaseis en mi servicio, y de que abusais para ultrajarme con tanta osadía como descaro. Luégo, cuando llegue la suprema rendicion de cuentas, os arrojaré de mi presencia, y os lanzaré á las tinieblas infernales, en donde no haréis más que gemir, lamentaros y desesperaros durante toda la eternidad: *Inutilem servum, mittite in tenebras exteriores.*»

Procuremos evitar, amados hermanos míos, un castigo tan rigoroso y tan terrible, y sin embargo tan justo y equitativo. Juremos hoy consagrar á Dios todo lo que hemos recibido de Dios

y por Dios; juremos dedicarnos enteramente al servicio de Dios, y á nuestra santificación, lo cual se verificará por la exacta observancia de su ley, y que es nuestro fin inmediato. Así tendremos la dicha de alcanzar ó llegar á nuestro fin postrero, á saber, el júbilo del Señor, y la vida bienaventurada en la eternidad: *Servi facti Deo, habetis fructum in sanctificationem, finem vero vitam æternam.* Así sea.

QUINTA HOMILÍA.

LOS PREPARATIVOS DEL JUICIO FINAL (1).

.....
.....
Corren hácia el grande valle, para formar como un Océano inmenso de todos los pueblos confundidos entre sí, pertenecientes á todos los siglos, á todas las regiones del globo. Es como la renovacion de las palabras pronunciadas en el origen de las cosas: « Que las aguas se reúnan en un mismo sitio: *Et congregentur aquæ in locum unum* » (2).

¡Oh, con cuánta ligereza vuelan los justos por el espacio trasportados en alas de la caridad!..... ¡Cómo se arrastran miserablemente los pecadores sobre la tierra! ¡Cómo estos últimos sentirán el aguijon irresistible de esa fuerza que les impele hácia adelante, de ese espíritu de Dios que no les permite detenerse! ¡Oh fuerza, dirán, oh espíritu invisible que me arrastras! ¡Un instante siquiera!.... ¡Déjame encontrar un pariente que me asista, un amigo que me consuele, un protector que me socorra, un abogado que me defienda!.... No, no, no estamos ya en el tiempo, es la única respuesta. Por otra parte, en este dia cada uno tiene bastante que hacer con pensar en sí mismo sin preocuparse en socorrer á los demas. Hoy cada uno debe emprender solo el camino y comparecer tambien solo ante el terrible tribunal, aunque á decir verdad, no se halle absolutamente solo. En efecto, así como las

(1) No habiendo podido encontrar entre los manuscritos del autor las primeras páginas de esta homilía, creemos complacer á los lectores dándola así incompleta, tal como ha llegado á nuestras manos, porque seguramente presenta una fisonomía particular entre todas las demas.

(2) *Genes.*, I.

BIBLIOTECA CENTRAL
JUAN I.